

EL PERFIL DEL INTELECTUAL EN EL  
ARAGÓN MUSULMÁN Y JUDÍO

*THE PROFIL OF THE INTELLECTUAL IN  
THE MUSLIM AND JEWISH ARAGON*

JOAQUÍN LOMBA  
Universidad de Zaragoza

*Resumen:* Los siglos IX al XV son los de cultura más brillante en el nordeste español (los actuales Aragón y Cataluña) protagonizada por musulmanes y judíos, tanto en el período musulmán como en el cristiano. Cuando esta zona fue Frontera Superior y luego Reino de Taifas de Zaragoza estuvo en contacto directo con la rica cultura de Oriente y con Europa y luego, tras la conquista cristiana, los judíos continuaron la vida intelectual anterior pasándola a Europa. La filosofía se caracterizó por un marcado racionalismo aristotélico a la vez que de una clara tendencia ética y mística y una forma muy didáctica de exponer las ideas. En este trabajo se esbozan los principales autores musulmanes y judíos que llenan este período de esplendor.

*Palabras clave:* Frontera Superior, Reino de Taifas de Zaragoza, Filosofía y Ciencia musulmana y judía, Transmisión a Europa.

*Abstract:* The culture of the IX-XV centuries in the north-east of Spain (the actual Aragón and Catalonia) is probably the most brilliant of his history, accomplished by muslims and jewishes, during the muslim and the christian period. When this zone was Superior Frontier, and after that Taifas Kingdom of Saragossa it was in touch with splendid oriental culture and with Europe. After the christian conquest the jewish people went on with preceding culture and transmitted it to Europe. The characteristic of this Philosophy was the aristotelian rationalism and at the same time an evident tendency to ethics and mysticism and a didactical way of expressing the ideas. In this work we studie the main Muslims and Jewishes authors of this splendid period.

*Key words:* Superior Frontier, King of Taifas of Saragossa, Muslim and Jewish Philosophy and Science, Transmission to Europe.

Muchos han sido los periodos de esplendor cultural e intelectual de Aragón a través de su historia: la época romana en que tanta gloria dio al Imperio; los años cristianos hasta el siglo VII con figuras como San Braulio y el Obispo Tajón; los siglos XVI, XVII y XVIII con Zurita, Miguel de Molinos, Baltasar Gracián, Miguel Servet, Félix de Azara, José y Ramón Pignatelli y otros muchos más de todos conocidos hasta nuestros mismos días de comienzos del siglo XXI y tan bien estudiados actualmente.

Pero me voy a centrar en la época en que nuestra tierra se llenó de una saga de figuras musulmanas y judías de primer orden: desde el siglo VIII hasta el XII, cuando Aragón fue, primero, Frontera Superior y luego Reino de Taifas musulmán, con su capital Saraqusta, y del XII al XV, durante la época cristiana, en la que, como Corona de Aragón, los judíos continuaron la labor anterior de los musulmanes e incluso la propagaron por Europa renovando el panorama intelectual de la misma. Pero no quisiera entrar en detalles de estas grandes personalidades, cosa que ya he hecho en muchas ocasiones. Lo que quiero aquí es destacar nada más algunos de los rasgos que me parece son comunes a todos ellos.

Cada época configura su ideal de hombre y, concretamente, de intelectual. Unas veces será el sabio, otras el científico, el religioso, el artista, el político. Hoy, por ejemplo, para muchos, pasan por modélicos el científico, el técnico, el economista, el hombre de negocios eficaz, agresivo y competitivo, mientras que para otros es el teórico de la rebeldía, del inconformismo, todo lo cual no es sino la cara y el revés de una misma moneda: la de una sociedad profundamente tecnificada que a unos seduce, mientras que otros, como reacción, la rechazan.

Y dentro de la época que pretendo exponer, las circunstancias políticas, sociales, geográficas y culturales propiciaban de modo especial el florecimiento de una vida intelectual sin precedentes, si bien hay que distinguir entre el período musulmán y el cristiano. En el primero, musulmanes y judíos convivieron intelectualmente e incluso socialmente, de una manera excepcional con un intenso intercambio cultural, aunque nunca religioso. Para el derecho islámico, los cristianos y judíos que querían seguir en su propia religión, sin convertirse al islam, tenían la condición de *dhimítes*, o de «protegidos», según la cual eran asimilados a la sociedad musulmana, teniendo pleno derecho a practicar su religión y cultura. Tras la conquista cristiana, los vencidos fueron los musulmanes, no los judíos, lo cual trajo consigo que la cultura islámica desapareciese, aunque los judíos la continuaron mientras fueron tolerados por los monarcas cristianos hasta el gran *pogrom* de 1391, y, sobre todo, hasta la expulsión de 1492. En todo caso, el perfil del intelectual musulmán y judío quedó acuñado desde la primera época islámica de Aragón.

Y no faltan razones para que esta zona fuese un rico filón de intelectuales. En primer lugar, aquel Aragón musulmán, que abarcaba desde más al oeste de Tudela hasta el norte de Lérida y sur de Tortosa, era una zona inmensamente

pacífica y próspera económica y políticamente, por encima del resto de al-Ándalus, lo cual la hacía particularmente atractiva para la inmigración de intelectuales de otras zonas andalusíes y del resto del mundo culto.

En segundo lugar, estaba abierta a dos horizontes: el primero hacia Oriente, entrando en contacto con ciudades tan cultas como la sumamente refinada Bagdad (llamada entonces *madinat al-salâm*, «la ciudad de la paz»), El Cairo, Damasco, de donde se traían enormes cantidades de libros, enseñanzas y sabios, bien por viajes hechos solo para aprender, bien aprovechando el precepto musulmán de la peregrinación a la Meca. Fruto de todo lo cual fue el que aparecieran en la Península Ibérica y en Occidente en general, a través del Valle del Ebro y Zaragoza, las obras de Aristóteles, mucho antes de que llegasen a Córdoba, como se creía, y a las manos primero del zaragozano Avempace y luego del gran comentarista por excelencia de Aristóteles, el cordobés Averroes, junto con sus comentarios griegos y árabes, y numerosos libros matemáticos, médicos, astronómicos y filosóficos árabes. Una de las obras importadas que hizo especial impacto en los intelectuales tanto musulmanes como judíos de nuestra zona, fue la magna *Enciclopedia shiíta* titulada de *Los Hermanos de la Pureza*, al contrario de lo que ocurrió en el resto de al-Ándalus donde fue radicalmente rechazada, por considerársela contraria a la ortodoxia *sunní*. El Aragón musulmán se caracterizó en medio de su ortodoxia religiosa, por su espíritu abierto y tolerante.

Por ello, nada tiene de particular que a esta zona fronteriza se le llamase *al-thagr al-a'là*, la Frontera Superior (no solo en el sentido geográfico sino, especialmente, en el de valía y dignidad) y *al-thagr al-akbar* (en cuanto que era «la más grande» en extensión pero, sobre todo, la más importante).

Consecuencia de esta superioridad fue el que, tras la caída del califato de Córdoba y la guerra civil o *fitna* que se entabló en el Sur de al-Ándalus por conseguir el poder, muchos intelectuales, musulmanes y judíos, viniesen aquí buscando la paz y el saber de que disfrutábamos.

El segundo horizonte al que nuestra tierra estaba abierta era Europa. Entre aquel Aragón y las tierras cristianas no había tierra de nadie por en medio, como en las otras fronteras: el contacto era directo. Exponente de esta situación fue, por ejemplo, la venida de Gerberto de Aurillac, luego Papa con el nombre de Silvestre II, que en el siglo X, ayudado por el obispo de Vic, Atón, vino a la Biblioteca de Santa María de Ripoll, para llevarse los mejores libros de astronomía árabe, siguiendo luego en intensa correspondencia intelectual con su amigo Llobet de Barcelona, al que pidió le enviase un Tratado de astrología, y con el Obispo Mirón de Gerona a quien también le rogó que le proporcionase diversos libros astronómicos y matemáticos musulmanes. Ello sin contar con otros contactos políticos, como son los que hubo con Carlomagno, y religiosos, como las cartas que se cruzaron un cierto monje francés y el rey de Zaragoza al-Muqtadir, tratando con toda cortesía, educación y respeto de convertirse mutuamente a sus respectivas religiones, cristiana y musulmana. Aparte de lo in-

dicado, hay que recordar los múltiples viajes de judíos aragoneses que recorrieron Europa enseñando los nuevos saberes matemáticos, astronómicos, médicos y filosóficos árabes de al-Ándalus. Buenos ejemplos de ello fueron, por ejemplo, el oscense Moseh Sefardí o Pedro Alfonso que estuvo en Inglaterra, siendo médico de Enrique I y teniendo insignes discípulos, como los matemáticos y astrónomos Walcher de Malvern y Adelardo de Bath. Otro caso fue el del judío tudelano Abraham ben Ezra que recorrió, astrolabio y libro de matemáticas bajo el brazo, Roma, Salerno, Lucca, Mantua, Pisa, Verona, Beziers, Narbona, Burdeos, Anger, Dreux, Rouen, Londres y Winchester, muriendo finalmente en Jerusalén. De su azarosa vida de enseñante por Europa, sumido en la más extrema pobreza, son exponentes aquellos versos irónicos que dedicó a su descosido y desgastado manto con que se cubría de día y de noche:

«Tengo un manto que parece una criba para cerner el trigo o la cebada; cual tienda lo despliego en plena noche, y las estrellas de lo alto le ponen lámparas contemplo en su interior la luna y las Pléyades. Me fatigo al contar sus agujeros.

¡Dios mío, cámbiamelo por una capa que me sirva de gloria!».

A todo lo dicho, hay que añadir numerosos judíos del sur de al-Ándalus que se instalaron en el Sudeste de Francia, entonces integrado o ligado estrechamente a la Corona de Aragón, como fue la familia de los Qimhí y de los Tibbónidas, para traducir numerosas obras del árabe al hebreo y al latín para instrucción de los intelectuales judíos y cristianos europeos.

En tercer lugar, otra razón de la prosperidad intelectual del Aragón musulmán, fue el mecenazgo, sin distinción de religiones, ejercido por los monarcas de la Taifa zaragozana, como luego lo harían los Medici del Renacimiento. Monarcas que, a su vez, eran algunos de ellos ilustres intelectuales, como el constructor de la Aljafería, al-Muqtadir, experto en astronomía, o al-Mu'tamin, que según Hohendijk fue el mejor matemático del medievo. Más aún, algunos reyes de Zaragoza, como al-Mundir II, al-Mustaîn, el-Muqtadir y al-Mu'tamin, tuvieron como primeros ministros a dos judíos, a Yequtiel ibn Ishaq y a Abu Fadl ibn Hasday el cual dominaba la lengua y poesía árabes, la música, la aritmética, la geometría y la astronomía.

Todo ello explica que Juan Vernet<sup>1</sup>, y Manuel Grau<sup>2</sup>, a partir de los diccionarios biográficos de Codera y Ribera, citasen a más de 200 personajes famosos, musulmanes y judíos, de los siglos IX al XI, de entre los cuales destacan juristas, matemáticos, astrónomos, médicos, gramáticos, poetas, filósofos y hombres piadosos o dedicados a las ciencias religiosas. De unos se dan nume-

1.- Vernet, Juan, «El Valle del Ebro como nexo entre Oriente y Occidente», en *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, (1950), pp. 249-286.

2.- Grau, Manuel, «Contribución al estudio del estado cultural del Valle del Ebro en el s. XI y principios del XII», en *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona* (1958), pp. 229-272.

rosos detalles, de otros, en cambio, nada más que la lista de los maestros y discípulos famosos que tuvieron, lo cual es indicativo de la importancia de que gozaron en su momento. Y, entre todos ellos, destaca el hecho de que la mayor parte, más de cien, viajaron a Oriente para estudiar. Su distribución geográfica, además, era de lo más variado, siendo ello muestra de la extensión de la vida intelectual por todo el Aragón musulmán: la mayor parte eran de Zaragoza, 126, siguiendo luego Huesca, con 47, Tudela, con 28, Tortosa, con 23, Calatayud, con 10, y Lérida con 4, aparte de otros nacidos en Barbastro, Monzón y muchos más lugares.

A todos ellos, he añadido, empleando otras fuentes y extendiéndome hasta el siglo XV, es decir, incluyendo a los judíos que luego vivieron en territorio cristiano, 180 ilustres personajes más, de los cuales 72 eran musulmanes y 108 judíos, abarcando las mismas especialidades y distribuyéndose en parecidas localidades de la entonces Corona de Aragón. De este modo, aproximadamente (pues cambiaban mucho de residencia) 68 nacieron o vivieron en Zaragoza, 42 en diversas localidades del actual Aragón (como Huesca, Calatayud, Daroca), 29 en Barcelona, 18 en Gerona y 23 en diversos puntos de la actual Cataluña, como Tortosa, Lérida, Tarragona, Cervera o Tarrasa.

Es decir, que entre el IX y el XV, podemos contar con un elenco de más de 426 personalidades que, por sus méritos, estudios e importancia intelectual, merecieron pasar a la historia, siendo algunos de ellos de una talla mundialmente conocida en la actualidad como son Avempace, Ibn Gabirol, Yehudah ha-Levi, Ibn Paqûda, Hasday Crescas, Ibn Buklarish, Ben Semuel Abulafiah y muchos más. Tal vez nunca haya tenido nuestra tierra una densidad de población intelectual tan rica y abundante como estos siglos, de la cual, lamentablemente, solo se ha investigado, creo, una mínima parte.

Solo queda proporcionar y ofrecer los rasgos más importantes que perfilan, en general, y a mi manera de ver, a estas personalidades.

El primero es que, en la mayor parte de ellas, se trata de auténticos sabios renacentistas. No hace falta esperar al siglo XV, XVI y XVII, ni a Miguel Ángel, ni a León Batista Alberti, ni a Rodolfo Agrícola, ni a Leonardo da Vinci para encontrar en nuestra tierra expertos de primera línea en muchas materias. Así, eran frecuentes los hombres que dominaban a la vez la matemática, la astronomía, la medicina, la poesía y la filosofía. Por ejemplo, el tudelano Abraham ben Ezra era experto en gramática, matemática, astronomía, astrología y filosofía; Benjamín de Tudela fue un predecesor, uno o dos siglos antes, de Marco Polo; el de casi por vida residente en Zaragoza, Ibn Gabirol, fue un famoso médico, a la vez que poeta eximio (muchas de sus composiciones se recitan aún hoy en las sinagogas), gramático y filósofo; a Abraham bar Hiyya se le reconoció como un gran matemático, astrónomo, astrólogo, exegeta bíblico y filósofo. Y, por no extenderme con más nombres hay que recordar la anécdota del zaragozano Avempace que, enseñando gramática árabe en Granada a unos muchachos, éstos se rieron de él y le espetaron:

«¿qué trae este hombre? ¿cuántas ciencias sabe? ¿qué dice?». Sin inmutarse Avempace por tan inesperada acometida, se encaró con ellos y les respondió: 'En cuanto a lo que sé, sabed que la gramática que estudiáis es la menos importante de las doce ciencias que poseo'<sup>3</sup>.

Y, en efecto, sabemos que fue, al menos, poeta, músico, matemático, astrónomo, lógico, gramático, médico, farmacólogo, botánico y filósofo, aparte de dedicarse a la política y a los negocios.

Una segunda característica es el ideal de vida que plantean: el de la sabiduría, el «βίως θεωρητικός» o vida teórica aristotélica. El hombre perfecto es el que piensa, el que da la última razón de ser de todo lo divino y humano. Dice Avempace en su *El régimen del solitario*:

«la sabiduría es el estado más perfecto de las formas humanas, salvo para quienes no la conocen, pues para estos es únicamente una de tantas cualidades espirituales. Buen ejemplo de ello es el rango que ocupa entre el vulgo»<sup>4</sup>.

Por su parte, Ibn Gabirol, en su *Mujtar al-yawâhir, Selección de perlas*, dice:

«Busca la sabiduría con la avidez que un tesoro; a su lado nada valen el oro y las perlas»<sup>5</sup>.

Ahora bien, esta sabiduría viene marcada, en primer lugar, por su carácter racionalista, concretado en las diversas ciencias exactas que casi todos cultivaron. Es el ámbito del «λόγος» en árabe *nutq* o pura racionalidad lógica. A ello contribuyeron, al menos, dos factores. Uno, el auge que tuvo en Zaragoza y en su entorno la medicina del racionalista persa al-Râzî, o Alrazes. Otro, la entrada en Zaragoza por primera vez en Occidente, como he dicho antes, de todas las obras lógicas y científicas de Aristóteles, más las de Galeno, Tolomeo y otros, con sus comentarios griegos y árabes. De ahí que el judío zaragozano Ibn Paqûda, hiciese un elogio de la razón humana y de la ciencia, que se encuentra casi literalmente repetido en todos los autores de la zona. Así se expresa:

«El don más noble con que ha regalado Dios a los seres racionales es la ciencia, la cual es vida para los corazones de los hombres y lámpara para sus entendimientos»<sup>6</sup>.

Este racionalismo, sin embargo, pronto suscitó polémicas, en ocasiones violentas, por parte de la ortodoxia religiosa que se negaba a dar entrada a la razón

3.- Asín Palacios, M., «El filósofo zaragozano Avempace», *Revista Aragón*, 8 (1900), p. 300.

4.- *El régimen del solitario*, Trad. de J. Lomba, Trotta, Madrid, 1997, p. 149.

5.- *Selomó ibn Gabirol. Selección de perlas*, Trad. Gonzalo Maeso, D., Ameller, Barcelona, 1977, p. 53.

6.- *Los deberes de los corazones*, Trad. Lomba, J., FUE, Madrid, 1994, p. 3.

para explicar la fe. Fueron las disputas suscitadas con la aparición de las obras de los cordobeses Averroes, musulmán y Maimónides, judío. Disputas que tuvieron lugar de modo especial en la Corona de Aragón, implicándose en ellas también los intelectuales franceses. Curiosamente, este racionalismo cuajó sobre todo en las clases aristocráticas judías de Aragón y Cataluña, enfrentándose, en cambio, a ellas, los niveles más populares.

Por lo demás, aparte de dichas disputas, de modo aparentemente paradójico, unido a este cientificismo racionalista de nuestros sabios, se da una fuerte tendencia a la mística, a lo que está más allá de la razón y de la ciencia. Los intelectuales musulmanes y judíos aragoneses no se conformaban con el «animal racional» griego, pues, para ellos, la sola razón resultaba un recurso humano demasiado pobre, estrecho y limitado, ya que concebían al hombre de una manera mucho más rica y compleja, abierta a un horizonte místico, de intuiciones puras: es el mundo del «*νοῦς*» griego, en árabe *'aql*, aparte de que incluían, además, otros recursos emocionales, amorosos, imaginativos, con los que la antropología musulmana y judía ofrecían un modelo de hombre mucho más completo, complejo y unitario. Además, esta filosofía del hombre abierto a la mística, se vio favorecida en Aragón por las enseñanzas del gran sufí almeriense Ibn al-Aríf, y por las tesis de la antes citada *Enciclopedia de los Hermanos de la Pureza*, según la cual, partiendo de las ciencias puras, se llegaba a una unión mística con Dios. Resultado de todo ello es que, por ejemplo, el científico y médico Avempace trazó el ideal de un itinerario intelectual en una espiritualidad y sabiduría que culminaba en la unión mística del hombre con el Intelecto Agente. Intelecto Agente que, inventado por Aristóteles, y que ha suscitado innumerables problemas hermenéuticos, era para Avempace, o un intermediario entre Dios y el hombre o una visión filosófica de Dios. Por eso, no he dudado en llamar a este itinerario de Avempace de «sufismo o mística intelectual». Con ella alcanza el hombre la suma felicidad. Dice en el *Tratado obre la unión del intelecto con el hombre*:

«La contemplación [que procede] de esta manera constituye la única y última felicidad humana. Entonces es cuando se contempla este magnífico espectáculo»<sup>7</sup>.

Todo ello, dentro del ámbito islámico. Pero también se dejó sentir, y muy profundamente, en el judaísmo, en concreto, en la cábala, destacando en ella numerosos intelectuales, sobre todo los del famoso grupo cabalístico de Gerona y el zaragozano Abraham ben Semu'el Abulafia del siglo XIII, maestro universal e indiscutible de la cábala.

Ahora bien, toda esta concepción del fin del hombre coronado con la mística, entre musulmanes y judíos, se construye sobre una vigorosa vida interior.

7.- *Tratado de la unión del Intelecto con el hombre*, en *Carta del adiós y otros tratados filosóficos*, Trad. de Lomba, J., Trotta, Madrid, 2006, p. 93.



Parece como si todos partiesen del «cuidado de sí mismo» del *Alcibíades* Platón, o del «conócete a ti mismo» del Oráculo de Delfos. Así, Avempace en su comentario al *De anima* de Aristóteles, afirma que el conocimiento del alma es la base de todas las ciencias, y en su *Rísâla al-wadâ'*, *Carta del adiós*, dice que hay que partir en toda filosofía de la reflexión sobre el propio «yo» más profundo. Es la misma postura de la gran obra del zaragozano Ibn Paqûda, *Kitâb al-hidâya ilâ farâ'id al-qulûb*, traducida al hebreo en la Corona de Aragón con el título de *Hobot ha-lebabot*, *Los deberes de los corazones*; o la filosofía de los tudelanos Abraham ben Ezra y Yehudah ha-Levi; o del barcelonés vecindado en Zaragoza Hasday Crescas y de muchos más. Hasta la poesía de Ibn Gabirol, que tantas novedades supuso en la poética Judía, tiene un marcado carácter intimista y personal, frente a la anterior en la que era el pueblo entero de Israel el que se dirigía a Yahweh. Así, quejándose de las circunstancias políticamente amargas de su tiempo, irrumpe con esta confesión de íntimo y personal dolor:

«¿No has visto, madre, cómo el tiempo tiende celadas a sus fieles para servir de ayuda a los malvados? ¡Tiempo de angustias! lleno de oquedades y reyertas humanas y de días de cólera y furor, que me han asido con cuerdas de penados y me han dejado el alma como la de una hembra amarga y deshijada»<sup>8</sup>.

Pero este arranque del yo hasta llegar a la máxima felicidad, pasa por la práctica de una vida virtuosa. Así, las obras de género moral son muchas. Por ejemplo el *Kitâb islah al-ajlâq*, *Libro de la corrección de los caracteres*, fechada en Zaragoza en 1045, y el *Mujtâr al-yawâhir*, traducida al hebreo en la corona de Aragón, con el título de *Mibhar ha-penim*, *Collar de Perlas* de Ibn Gabirol, o la *Disciplina clericalis* de Moseh Sefardí, o el *Bet mîdot*, *Casa de las costumbres*, del tudelano Abraham ben Ezra, o la obra de filosofía del derecho y de la moral de Yosef Albo de Daroca, *Sefer ha-iqarim*, *Libro de los principios*, escrita en Soria y que influyó en Hugo Grocio.

Y esta visión ética adquiere con frecuencia un matiz profundamente pedagógico. Casi todas las obras indicadas están hechas en forma de diálogo o entre el maestro y un discípulo, o entre el padre y su hijo y, desde luego, siempre salpicadas de anécdotas, leyendas y cuentos morales, de los más diversos orígenes: hindúes, persas, griegos, judíos, árabes, provenientes de las traducciones al árabe hechas en la gran y sabia Bagdad, los cuales hacen más agradable y aun divertida su enseñanza, imbuidos del espíritu del «instruir deleitando». Cuentos y leyendas que, además, influirán mucho en la literatura española y europea cristiana.

Un hecho que también sorprende en gran parte de los intelectuales musulmanes y judíos de Aragón, es la dialéctica individuo-sociedad, prevaleciendo

8.- *Selomo ibn Gabirol. Poesía secular*, Trad. Romero, El. Alfaguara, 1987, p. 55.



muchas veces la figura del solitario. Se trata de una tendencia del intelectual musulmán y judío al individualismo, a la vez que se debate entre las exigencias de la sociedad en que está inserto. Baste recordar la figura del solitario, *mutawahhid*, de Avempace, que dio título a una de sus obras más populares, *Tadbîr al-mutawahhid*, *El régimen del solitario*, que he citado antes. Este autor, profundamente crítico con la sociedad corrupta de su tiempo, aboga por el aislamiento del sabio para conseguir sus fines últimos. Sin embargo, le ordena que viva en sociedad pero sintiéndose internamente ajeno a los avatares externos, como si fuera un extranjero. Solitario que, por una parte, se ha relacionado con ciertos pasajes del Criticón de Gracián y que, por otro, inspiró el Filósofo autodidacta del accitano Ibn Tutayl, preludio del Robinsón Crusoe de De Foe. Lo mismo hace Ibn Paqûda, para quien el eremita es alguien que va contra la Ley de Moisés: el hombre tiene que colaborar en el progreso de la humanidad, pero viviendo ajeno a ella.

Por el mismo hecho de este fuerte individualismo, los intelectuales de esta zona no forman equipo. Sólo se unen, que yo sepa, con un motivo: el de traducir del árabe al latín y al hebreo, como ocurrió en la Escuela de Tarazona y en el Sudeste de Francia, cuando pertenecía a la Corona de Aragón tal como he indicado arriba.

Y, curiosamente, dentro de este espíritu individualista hay como una especie de altanería, de orgullo, que se manifiesta en textos como este de Avempace en su *Carta del adiós*:

«Pero si eres perfecto, tal como es la perfección que te es propia [como hombre], no necesitarás del ser de otros distintos de ti, sino que, por el contrario, todo hombre y todo ser generable y corruptible te estará destinado [a tu servicio]. Éstos se habrán convertido en ser gracias a tu ser y tú mismo habrás llegado a ser primariamente, por tu propio ser»<sup>9</sup>.

Finalmente, una característica del intelectual musulmán y judío de Aragón, es su marcado carácter estoico. Avempace ve, por ejemplo, que hay que esperar impasiblemente a que nos llegue la muerte para lograr la máxima felicidad en la otra vida. E Ibn Paqûda nos invita a ser indiferentes, como los seguidores del Pórtico, esperando solamente lo que Dios nos envía. Más aún, hace una distinción muy propia de la Stoa. Antes de ella, todas las acciones eran o moralmente buenas o malas. El estoicismo añadió las indiferentes, que serían buenas o malas según la intención que ponga el intelecto. Ibn Paqûda hace lo propio, admitiendo los tres tipos de actos y haciendo depender la bondad o maldad de los indiferentes de la intención, *niyya*, y de la razón.

Estos son, algunos de los muchos rasgos característicos, expuestos muy brevemente, de aquellos gloriosos intelectuales musulmanes y judíos, que fue-

9.- *Carta del adiós*, op. cit., p. 48.

JOAQUÍN LOMBA

ron tan aragoneses como nosotros. Tal vez nos hayan venido a la memoria otros personajes de nuestra historia hasta nuestros días que compartieron estos o algunos de dichos caracteres. Es un síntoma más de la unidad de nuestra historia y de la grandeza de esos más de siete siglos.